

EL AMIGO DE LA INFANCIA.

PERIÓDICO ILUSTRADO.

AÑO XV.

MADRID 1.º DE ABRIL DE 1888.

NÚM. 169.



UN NIÑO DE BUEN CORAZON.

UN NIÑO DE BUEN CORAZON.

Es el perro uno de los mejores y más fieles amigos que tiene el hombre. Cuéntase que en un pueblo habia un cazador dueño de un perro muy inteligente, el cual siempre iba á caza con su amo, quien casi siempre solia ir acompañado del boticario del pueblo. Un dia serian las tres de la tarde, cuando vió el boticario entrar el perro por la puerta de su casa; iba muy fatigado, y sin tomar descanso, saltó el mostrador y se puso entre las piernas del dueño, dándole con la cola y la cabeza, como instándole á salir. Al principio no cayó en la cuenta el boticario, y estuvo á punto de maltratar al perro para librarse de sus impertinencias; pero luego, al notar la tenacidad con que el pobre animalito, jadeante y casi sin fuerzas, le llamaba la atencion, lo siguió, y el perro atravesó varias calles, salió al campo, y despues de cruzar algunas veredas, siempre seguido por el boticario, llegaron á un sitio donde el cazador estaba tendido en el suelo, desangrado y moribundo; se le habia disparado la escopeta y la perdigonada le habia herido de muerte.

Casos parecidos de fidelidad se cuentan muchos de estos animales, á los que se tiene por encarnizados enemigos de los gatos, aunque muchas veces toman juntos el sol, ó amigablemente se reparten los restos de un manjar.

No queremos decir que tengan genio igual, ni aun parecido. El perro es fiel y cariñoso y el gato siempre es traidor

y huraño, manifestándonos que descien- de por línea recta del tigre. Pocos casos se nos cuentan de gatos que muestren fidelidad y cariño; no obstante, los tenemos en nuestras casas porque nos prestan un gran servicio, defendiéndonos de los ataques de los ratones, por lo cual son acreedores á nuestro cariño, y no merecen que se les martirice. Y decimos esto porque abundan los niños que maltratan á los animales. Un ejemplo de esto nos representa la lámina. Dos muchachos, Pedro y Lorenzo, están azuzando un perro contra el gato que Manolito lleva en los brazos; ellos faltan á la escuela, donde sus asientos casi siempre se encuentran vacantes, pues más les gusta ir á los campos, donde cogen nidos, ó apedrear á los animales en las calles.

Asi habia sucedido tambien esta vez. Pedro y Lorenzo, vagando por la calle, habian divisado un pobre gatito, que seducido por su curiosidad se habia atrevido á dar un paseo al aire libre, á pesar de la prohibicion de su madre. Bien pronto tuvo motivo de arrepentirse; y de seguro hubiera perecido, si no se le hubiera aparecido inesperadamente un protector. Manolito, que precisamente volvia de la escuela, apenas vió lo que pasaba, se precipitó sobre el inexperto animal, al que recogió en su seno y despreciando las burlas de los otros chicos llevó entre sus brazos hasta dejarlo otra vez en poder de su madre, que á los gritos lamentables de su prole venia saltando de una casa vecina.

¡Muy bien hecho, Manolito! Empezando así, serás un día el protector de los débiles y la honra de tu patria.

CARTAS Á LOS NIÑOS.

UNA VISITA Á LA TIERRA SANTA.

VI.

Mis queridos amiguitos. Al tiempo señalado por el Padre, vino Jesus á este mundo, tomó así nuestra naturaleza y obedeció á todos los mandamientos de Dios. Nunca cometió pecado; como hombre fue tentado en todo como nosotros, pero sin pecar jamás.

Por treinta años vivió Jesus en Nazaret. Cuando estuve en Palestina, fuí á ver ese mismo Nazaret. Ví la fuente donde bebia. Anduve por los collados donde solia El andar. Visité varios de los sitios donde hizo muchos de sus milagros; viajé por el mar de Galilea, anduve por la falda de la montaña donde dió de comer á cinco mil hombres con solo cinco panes y algunos pececillos.



BETANIA.

Visité tambien á Betania donde vivian

Marta y Maria, y donde Jesus resucitó á Lázaro de entre los muertos.

Visitando estos lugares no podia ménos de convencerme cada vez más, de que Jesucristo, al par de ser hombre perfecto, es tambien hijo de Dios. Ningun hombre sino Dios, puede resucitar á los muertos, andar sobre el mar, abrir los ojos á los ciegos etcétera. Si nuestro Señor Jesucristo no fuese más que hombre, no podria salvarnos. Su vida santa nos serviria de modelo, y su muerte nos conmoveria el corazon; pero no podria expiar nuestros pecados. Pero siendo *Dios y hombre* sus méritos son infinitos, y puede salvar y salvará á todos los que sinceramente le reciben por su Salvador. Sí, queridos niños, puede Jesus salvar á cada uno de vosotros. No teneis nada que hacer, sino abandonar vuestros pecados, y arrepentidos, entregaros á El tales como sois, pues haciéndolo así, El os recibirá, y Dios, por amor de El, os perdonará y os recibirá por hijos.

LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

XVIII.

Dejemos ahora la habitacion donde Pequeña Madre está tendida sobre su lecho de dolor, y la escalera negra que Carlitos sube tan á menudo, sobre la cual se abren tantas puertas que dejan entrever habitaciones tan miserables como la suya. Alejémonos por un mo-

mento de la pobre casa donde hasta aquí ha pasado la mayor parte de esta historia, y entremos en una morada muy diferente. Es un lindo hotel, situado en un patio, que se abre frente á una alameda exterior, y un jardín, cuya hermosa sombra atrae las miradas de todos los que pasan junto á sus muros. Pasemos de un vestíbulo adornado con plantas verdes á una sala elegante que comunica con una reja. Ondas de aire y luz penetran por todos lados, los ojos reposan sobre el verdor del follaje y de su espesor, los oídos son encantados por el murmullo del refrescante surtidor, y por los gorjeos de centenares de pájaros que cantan en los árboles florecientes. Cualquiera, al ser transportado de la triste casa que acabamos de dejar á esta rica habitación, podría creerse en un paraíso.

Esta casa era la de Eedita Grandville, y era verdaderamente una especie de paraíso, porque los que la habitaban se querían y eran dichosos.

Sólo eran tres, con algunos criados, para ocupar esta casa y este hermoso jardín. Eedita no tenía hermanos. Esta era su sola pesadumbre, pero ella no pensaba muchas veces en ello, y cuando lo hacía, no se quejaba jamás por temor de causar con ello pena á su madre. La señora Grandville había tenido varios hijos, y todos habían muerto muy jóvenes; Eedita, la última, era la única que había pasado de la edad de siete años. Ella tenía ahora más de diez años y estaba tan fresca y sana,

que su madre empezaba á perder cuidado por ella. Y sin embargo, todavía una inquietud frecuente le atravesaba el corazón como una aguda espada, y entonces cogía á la pequeña hija en sus brazos, como si alguno hubiera querido quitársela. Eedita en estos momentos miraba á su madre con asombro, pues ella la abrazaba riéndose, y la señora Grandville, al verla tan alegre, no sabía ella misma de que se hubiera asustado, á no ser por el exceso de cariño hacia esta niña.

Todos en la casa querían á Eedita; era allí el más bello rayo de sol. Jamás había encontrado en este mundo otra cosa que la benevolencia y la afección. Sabemos ya que era la favorita de sus maestros; también lo era de sus compañeras; hasta el pobre, á quien daba una limosna, le daba gracias con una sonrisa. Porque ella misma tenía una sonrisa tan alegre y unas maneras tan graciosas que alegraba todos los corazones.

Había vuelto la mañana del jueves, porque solamente había transcurrido una semana después que Eedita había dado su moneda de oro.

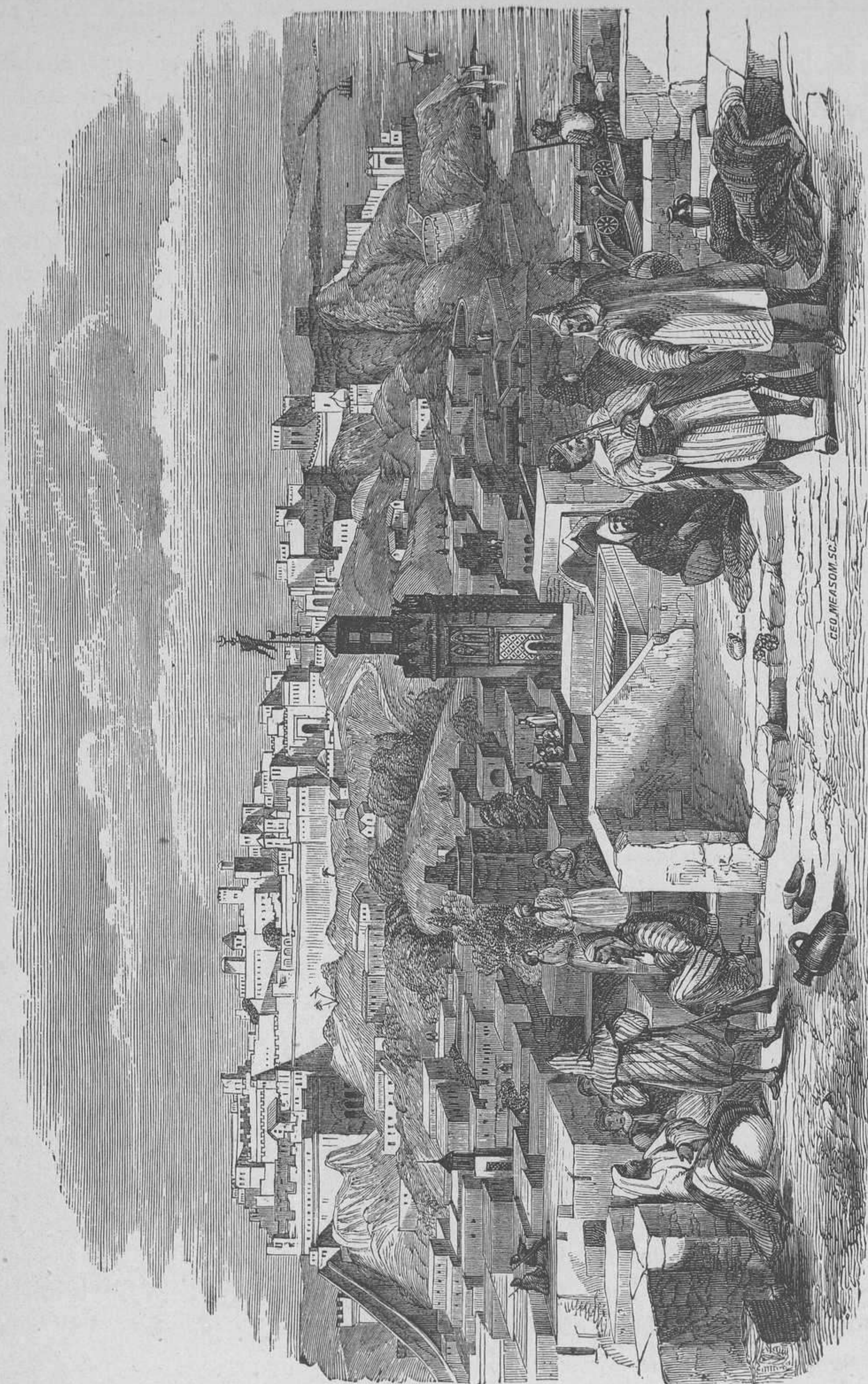
«Mamá,» dijo á la señora Grandville, que estaba escribiendo, «¿no podríamos ir hoy en busca de Florita?»

«¡Florita! ¿qué quieres decir, hija mía?»

«Bien lo sabes tú; es la niña que he llamado así, porque ignoro su nombre.»

(Se continuará.)





Geo. Meason, Sc.

TÁNGER.

TANGER.

Aquí os presentamos una de las principales ciudades del imperio de Marruecos. Tiene sobre diez mil habitantes, y es la que más tráfico tiene con España, pues sólo dista de Gibraltar como unas tres horas y media por mar. Los edificios están generalmente blanqueados, y tienen profusion de ventanas en el muro. Los tejados son llanos, azoteas, donde de noche gozan de la brisa del mar. El traje de los tangerinos consiste principalmente en el haïque blanco y el turbante. Su religion es la mahometana, pero hay allí tambien muchos judíos y algunos misioneros cristianos.

PLANTA MARAVILLOSA.

Un sabio frances, el Sr. Julber Dumonteil, da cuenta de las maravillosas propiedades de la planta nepenthes, que se cria en gran abundancia en la isla de Madagascar. Su flor es una de las más bellas y extrañas que se conocen.

La originalidad peculiar del nepenthes, la más admirable y asombrosa de las plantas carnívoras, no reside en sus flores, sino en sus hojas, las más extraordinarias del mundo vegetal.

Esas hojas se elevan, se extienden y se encorvan con encantadora gracia. Anchas y brillantes en su base, terminan por un débil y largo filamento, especie de ligera barrena que, á pesar de

su aparente debilidad, sostiene en su extremo una verdadera urna vegetal, preciosamente guarnecida de adornos por la Naturaleza.

Nada falta á estas urnas, ni aun su tapa, que girando en su correspondiente charnela se abre á los primeros rayos del sol para cerrarse á la aproximacion de la noche.

De noche esas urnas maravillosas se llenan de agua clarísima y perfumada que segrega la planta.

Por la mañana, cuando la urna abre su tapa bajo la accion del sol, está llena la copa, y en sus aguas frescas y aromosas caen enormes insectos que se ahogan en ellas, y que disueltos por el líquido son devorados por el nepenthes.

Si para el insecto la urna del nepenthes es una tumba, para el hombre es una copa refrigerante de vida; copa siempre llena que brinda con su exquisito licor al viajero sediento que bajo un sol abrasador recorre los desiertos campos de Madagascar.

*Señor ¡cuán maravillosas son tus obras!
Tu las has dispuesto todas con sabiduría, y
la tierra está llena de bondad.*

LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

«¡Ah! sí, ya recuerdo. Pero no es probable que se encuentre en el mismo sitio, al menos que no sea con la esperanza de encontrarte.»

«Si la encontramos, ¿me dejarás hablar con ella, mamá?»

«Yo misma le hablaré, hija mia.»

«Es preciso hablarle muy dulcemente, porque es muy tímida.»

«¿Crees que le voy á inspirar miedo?»

«Oh, no, mamá, pero tal vez no se atreva á responderte como á mí, porque tú eres una señora, mientras que yo soy una niña como ella.»

«¡Como ella!» repitió la señora Grandville, mirando á su hija; «¡pobre niña! en nada se te parece, si mal no me acuerdo.»

«Es verdad, mamá; estaba tan pálida, tan delgada, y tan pobremente vestida. ¡Oh! ¿por qué todo el mundo no ha de ser dichoso como nosotros?»

Ella suspiró, y su madre se dió prisa á mudar de conversacion, porque no queria ver á Edita entristecerse.

«¿Está todo arreglado para el paseo?»

«Sí, todo está listo.»

«Bueno, querida mia, mientras acabo estas cartas vete al piano y estudia, hasta que sea hora de vestirte para almorzar. Saldremos un poco más temprano que la última vez, porque es desagradable llegar tan tarde.»

Edita se fué danzando al gran salon donde estaba el piano. Le gustaba mucho la música, y como recibia excelentes lecciones, era ya capaz de agradar á todos los que le escuchaban. Estudiaba una obra que le gustaba mucho, y en el momento en que creia saberlo bastante bien para tocarla ante su padre, llegó la doncella para arreglarla.

Fué saltando por todo el vestíbulo y á lo largo de la escalera, y entró cantando en su linda habitacion azul, donde la hemos visto dormir. Su ropa, puesta sobre la cama, estaba preparada para el paseo.

«¿Es que hoy no debo ponerme el traje blanco?» preguntó la niña.

«La señora ha dicho que el aire es un poco fresco, y que prefiere que se ponga V. un traje ménos ligero, señorita,» respondió la doncella, que era novicia en la casa.

«Despues de todo me es igual, todos mis trajes son preciosos.»

Y comenzó á ataviarse, siempre cantando.

«Se diria que quiere V. rivalizar con los pájaros del jardin,» dijo Felicia riendo.

«¡Ah! ellos cantan mejor que yo. Cuando sea mayor aprenderé á cantar, mamá me lo ha prometido, pero ellos saben cantar sin lecciones. ¿Quién sabe, sin embargo? Puede ser que ellos se den lecciones unos á otros. Los jóvenes aprenden de los viejos. ¡Qué bonito sería asistir á una leccion de pájaros! Quisiera saber si son severos sus profesores. El señor Mirlo y la señora Curruca deben dar excelentes lecciones, pero son demasiado caras para los gorriones. He aquí por qué no lo saben bien los pobrecitos.»

(Se continuará.)



CARTAS Á LOS NIÑOS.

UNA VISITA Á LA TIERRA SANTA.

VII.

Mis queridos amiguitos: Aunque sea muy fácil para nosotros acudir á Jesucristo y ser salvos, no era tan fácil la obra que hizo El por nosotros. ¡Ah! nunca, nunca se puede decir todo lo que

padeció Jesus por nosotros. En el huerto, su agonía de espíritu era tan grande, que su sudor era como grandes gotas de sangre cayendo á tierra, y en su angustia exclamó: *mi alma está muy triste hasta*

la muerte. No se puede entender en este mundo todo lo que era ese padecimiento de espíritu que sufrió Jesus, pero sabemos que era mucho más terrible que la agonía que padeció en su cuerpo.

Tan grande fue su amor por nosotros, que no desmayó un solo instante, lo soportó todo; manso y humilde permitió que le llevasen como cordero al matadero; mudo, sufrió las injurias de la multitud cuando gritaron: «Crucifícale, crucifícale;» no respondió

palabra; tenia en su poder destruir instantáneamente á sus verdugos; pero todo lo sufrió por amor á ellos, y por amor á todos. En el triste calvario lo clavaron en el infamante madero de la cruz. El nos quiso salvar, por eso no rehusó pagar el precio del rescate hasta el último maravedí.

Ah, queridos niños, si algun amigo sufriera muerte cruel para salvarnos de

la muerte *temporal* ¿no le amaríais? ¿no amaríais aun el mismo *nombre* de ese amigo? No podríais menos de amarle con amor indecible. Entonces ¿cómo es que

no amais al bendito Jesucristo, que ha sufrido tanto para salvaros de muerte *eterna*? «El que no conoció pecado, fue hecho pecado por nosotros,» es decir, Jesus fue tratado como si hubiese sido el mismo pecado. Se puso en lugar del pecador, y pagó por El. Entonces Dios apartó de El su rostro, y el tierno Jesus, abandonado así de su Padre, en agonía de espíritu, gritó: *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?*



EL HUERTO DE GETSEMANÍ.





1. } Je—ru—sa—lem, Al—tí—si—ma ciu—dad, ¡Quién re—si—die—ra en tí! { Hu—yen—do de es—te
} Mi co—ra—zon Su—bir en li—ber—tad An—sí—a des—de a—quí. }



sue—lo De lu—to, pe—na é hiel, Ve—loz re—mon—to al cie—lo, De—jan—do el mun—do in—fiel.

2

¡Día feliz,
Hora bendita, ven!
Pues á juntarme voy
Con mi Jesus,
Mi Salvador, mi bien,
A quien el alma doy.
Allá sus piás manos
Mi espíritu alzarán
A la mansion de hermanos,
Celeste Canaan.

3.

Corro veloz,
A coronar mi sien,
Al trono celestial.
Pena y dolor
Jamás aquí se ven,
Mi gozo es eternal.
Los ángeles rodean

Mi carro triunfador,
Sus himnos vitorean
Al fuerte vencedor.

4.

¡Bella Sion,
Yo te saludo al fin!
Aquí dispuesta está
Mi habitacion,
De Eden nuevo jardin
Que eternas flores da.
No ya en enigma veo,
Es bella realidad:
Hijo de Dios, poseo
Su reino en heredad.

5.

¡Qué procesion,
Cual noble multitud
Sale al encuentro ya!



Los que adornó
Nobleza, amor, virtud,
En ese mundo allá,
Mandólos velozmente
Con mi corona el Rey,
Mientras aun fui ausente
Con la afligida grey.

6.

Triunfantes van
El patriarca fiel
El confesor viril,
El que murió
En el suplicio cruel,
De mártires cien mil,
Ahora rodeados
De gloria están y honor,
Cual soles coronados
De perennal fulgor.

7.

Si yo al Eden
Logré por fin llegar,
A tan feliz mansion,
Do hosannas mil
Resuenan sin cesar
En inmortal cancion:
El regocijo llena
De paz mi corazon,
Donde aleluya suena
Del arpa al dulce son.

8.

De coros mil
Vibra el potente son,
Cual clamoroso mar:
¡Loor al Rey!
El templo de Sion

Trepida al resonar
El majestuoso canto,
Que la hueste inmortal
Da á Dios tres veces santo,
De toda eternidad.

CARTAS Á LOS NIÑOS.

UNA VISITA Á LA TIERRA SANTA.

VIII.

Mis queridos amiguitos: Tal vez me preguntareis: ¿Por qué fue desamparado Jesucristo de su Dios? Os lo diré: Fue porque nuestros pecados gravitaban sobre El. *Molido fue por nuestros pecados. El Señor cargó sobre El el pecado de todos nosotros. El fue hecho por nosotros maldicion.* Ahora, ¿por qué ha sufrido Jesus tanto por nosotros? es para que Dios, Justo y Salvador, perdone gratuitamente á todos aquellos que arrepintiéndose, se refugien en su Hijo. El quiere hacerlo ahora mismo por cada uno de vosotros. ¿No debemos odiar con odio perfecto todos los pecados que



hemos cometido, considerando que estos mismos pecados ayudaron á clavar al amante Jesus en la cruz?

Otra cosa Dios hará si os convertís verdaderamente á El y confiais en su Hijo. No solamente os perdonará todos vuestros pecados, sino tambien os cambiará el corazon, os dará corazon nuevo, y lo llenará de su Santo Espíritu; de modo que amareis al precioso Salvador, y al Padre que os le envió, y toda vuestra delicia será hacer aquellas cosas que le son agradables, pues DIOS ES AMOR.

Entonces os hallareis caminando por otra senda. Por naturaleza andais por la senda de la perdicion; pero volviéndoos á Jesucristo entrareis en el camino de la vida, que os conducirá á la gloria eterna.

Entrad, entrad en esa senda, queridos amiguitos. Jesus os convida, Jesus os llama; entregaos á El, y entenderéis el significado de la palabra *conversion*.

Todas las cosas os serán hechas nuevas, sereis nuevas criaturas en Jesucristo.

Venid, venid á Jesus,
Oh niños, venid,
Con gozo y amor.
Oid, oh niños, oid,
Venid á Jesus,
Venid sin temor.
Llamando á los niños está;
El á todos os bendecirá.

LA PEQUEÑA MADRE.

(Continuacion.)

Así charlaba la dichosa niña, mientras Felicia la vestia. Cuando al poner-

le las botinas iba á abotonarlas, Edita se apercibió de que estaba muy pálida y parecia sufrir.

«¿Qué tiene V.?» le preguntó.

«¡Oh! nada. Tan sólo un poco dolor de cabeza.»

«No quiero que V. se baje así para ponerme las botinas, estoy segura de que esto le hace mucho daño. Deme el gancho, que yo sabré abotonármelas.»

«¡Oh! señorita Edita,» dijo la pobre muchacha admirada, pues no habia estado acostumbrada á tantas consideraciones, «tal vez se enfadaria la señora, si viera que se calza V. sola.»

«¡Mamá! oh, no, esté V. tranquila.»

Despues de este pequeño incidente, Felicia dijo á todos los que querian oirla que jamás habia visto una señorita tan amable. Verdaderamente no es difícil ganar los corazones.

Cuando la madre y la hija salieron juntas, hacia un tiempo espléndido. Edita estaba alegre y apenas podia ir despacio. Le hubiera gustado más saltar y correr, pero era necesario obedecer á las costumbres de sociedad; en una calle de Paris no es permitido que las niñas de diez años se diviertan libremente, como las cabras en los prados; así Edita suplicaba á su madre que la llevara pronto al campo, donde pudiera saltar y divertirse con libertad.

En medio de un plan atractivo para el dia siguiente, se paró de pronto con la mirada fija sobre un punto todavia lejano. Su madre siguió la direccion para ver lo que la preocupaba con tanto

interés. Pero no apercibió más que un muchacho que estaba en pie, apoyado contra una pared.

«¿Qué es lo que miras?» preguntó.

«Mamá, si creo que es este el muchacho que estaba con Florita; al menos se parece mucho. Y luego, ¿no ves que está precisamente en el mismo sitio donde estaban cuando les he hablado? Pero ¿por qué está él solo?»

«¿Cómo puedes reconocerle?»

«¡Oh! yo le reconozco perfectamente. Tiene el cabello rizado y la carita redonda. Mamá, yo quiero hablarle.»

«¿Por qué, hija mía? tú no puedes hablar á todos los pilletes de la calle.»

«No, pero este estaba con Florita. Permítemelo, yo te lo ruego.»

«Pues bien, iré contigo.»

Avanzaron, efectivamente, hácia el muchachuelo, que las miraba con un aire de asombro, pero bien pronto se alegró su semblante al reconocer á la señorita.

«No eres tú el que estabas aquí hace ocho dias con Florita?» preguntó Edita mirándole atentamente.

«No, yo estaba con Pequeña Madre.»

Al oír esta respuesta Edita pareció muy contrariada; pero sin embargo replicó:

«A pesar de eso eres tú, te reconozco; ¿no te acuerdas? Yo te encontré aquí con ella.»

«Bien me acuerdo, estábamos los dos, Pequeña Madre y yo, y V. la dió una hermosa moneda de cincuenta céntimos en oro.»

«¡Eso es!» gritó gozosamente Edita; pero ¿cómo se llama, pues, la niña que estaba contigo?»

«Se llama Pequeña Madre; es mi hermana.»

«¡Pequeña Madre!» repitió Edita con sorpresa; «¿y dónde está ahora?»

«Está enferma, muy enferma; dicen que es porque ha tenido tantos disgustos á causa de la moneda de cincuenta céntimos.»

«¿Cómo tantos disgustos? ¿qué es lo que quieres decir?»

«Se ha dicho que ella habia robado la cruz de oro, y Pequeña Madre decia llorando: 'Yo no he cogido la cruz de oro'; pero nadie ha querido creerla; despues ha estado triste, muy triste, ha caido bastante enferma y ahora no puede tomar siquiera el chocolate.»

Esta relacion no era muy inteligible.

«¿Qué es lo que quiere decir, mamá?» preguntó Edita con aire de profunda angustia.

«No comprendo nada, hija mía. ¿Qué es esto de la cruz de oro?»

«Es la cruz de oro de Silvania,» respondió Carlitos. «Dicen que Pequeña Madre la ha cogido, pero no es verdad, no la ha cogido. Pequeña Madre me ha dicho que la cruz de oro está en el cuello de la cabra; y además me ha dicho que el gato sabe muy bien que ella no la ha cogido. El buen Dios tambien lo sabe, pero no quiere decirlo. Y por eso todo el mundo cree que es una ladrona. Así es que está tan triste.»

(Se continuará.)

LA RESURRECCION DE CRISTO.

El primer día de la semana, que desde entonces se llama *domingo* ó *día del Señor* (de la palabra latina *dominus*), resucitó Cristo. Hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor descendió del cielo, y llegando revolvió la piedra del sepulcro y se sentó sobre ella. Su aspecto era como un relámpago y su vestidura

blanca como la nieve. De temor de él, temblaron los guardas y quedaron como muertos.

Cuando vinieron las mujeres, María Magdalena y

la otra María á ver el sepulcro, el ángel les dijo: «No temais vosotras: porque sé que buscáis á Jesus, el que fue crucificado. No está aquí; porque ha resucitado, como dijo. Venid y ved el lugar donde habia sido puesto el Señor. E id luego, decid á sus discípulos que ha resucitado de entre los muertos; y he aquí, va delante de vosotros á Galilea; allí le vereis. He aquí, os lo he dicho.»

Y salieron luego del sepulcro con miedo y con gozo grande, y fueron cor-

riendo á dar las nuevas á sus discípulos. Y he aquí, Jesus les salió al encuentro diciendo: «¡Paz á vosotros!» Y ellas se llegaron y abrazaron sus pies y le adoraron. Entonces les dice Jesus: «No temais; id, dar las nuevas á mis hermanos para que vayan á Galilea, allí me verán.»

El apóstol Pablo nos refiere además que Cristo resucitado se apareció á Cefas ó sea al apóstol Pedro, y despues de

esto á los once. Y concuerdan con esto las palabras del evangelista Lucas, el cual, habiendo contado cómo los dos discípulos en el camino



de Emaús habian andado con Jesus, y le habian finalmente conocido en el partir del pan, nos refiere, que estos, volviendo á Jerusalem y hallando congregados á los once y á los que estaban con ellos, fueron saludados por ellos con las palabras: «Ciertamente ha resucitado el Señor y ha aparecido á Simon.»

Esta aparicion del resucitado Salvador al apóstol Pedro es la que representa nuestra segunda lámina. Aquel que habia sido negado tres veces por su propio

apóstol, le ofrece ahora, cuando cae arrepentido á sus pies, el perdón de sus pecados. Cuán grande es el amor de Cristo, que no olvida á este apóstol! sino que al verlo más apesadumbrado que los demás por su pecado, se aparece á él primeramente.



No olvidemos, que el resucitado Salvador es el mismo que mo ayer, hoy y por los siglos; si acudimos con nuestros pecados á él, él nos otorga el perdón libremente. Aprendamos á orar cada día con más sinceridad y fervor.

¡Salva, sálvanos, Señor!
Suplicamos tu indulgencia;
Con tu gloria y resplandor
Muéstranos gracia y clemencia;
Y da á nuestra confesion
De pecados el perdón.

EJEMPLOS NOTABLES

DE MEMORIA.

Dícese que Séneca, en cierta época de su vida, podía repetir, sin equivocarse, muchos centenares de versos, inmediatamente despues de haberlos oido recitar por la primera vez. Scalígero, despues de haber estudiado un autor latino, desafiaba á sus amigos y discípulos á que

le indicasen un pasaje que no hubiera podido retener entero en su memoria. «Poned,» decia, «la punta de un puñal en mi pecho y hundidla si me equivoco una sola vez». Gassendi sabía perfectamente seis mil versos latinos y el poema entero de Lucrecio. Para conservar

su memoria tomó la costumbre de recitar diariamente seiscientos versos de distintas literaturas. Saunderson podia fácilmente recitar todas las odas de Horacio y una gran parte de autores latinos. Pope indicaba con precision el libro y la página en que habia leído los pasajes que más le habian llamado la atención hacia muchos años. Las memorias privilegiadas son, por lo demas, mucho ménos raras que se supone, siendo casi siempre una de las bases esenciales de las grandes inteligencias.

El perfeccionamiento de la memoria depende enteramente de la práctica: el que más aprende, mejor memoria tendrá. Así, amiguitos, practicadla lo más posible, y no os canseis de aprender algo, aunque sea poco, diariamente; y llegareis á poseer una buena memoria.

LA PEQUEÑA MADRE.

(CONTINUACION.)

Era cada vez más incomprensible. La señora Grandville tuvo la idea de dejar con la palabra en la boca al infeliz muchacho, sin hacer caso de su incomprensible historia, y llevar á Edita á su paseo, pero ésta se resistió.

«Mamá, ¿recuerdas que me dijiste que tal vez les habria hecho mucho mal al darles una moneda de oro? ¿Si será esto verdad...?»

Esta palabra fue como un rayo de luz para la señora Grandville.

«Tienes razon, hija mia, y si has he-

cho mal sin quererlo debemos tratar de repararlo. Pero no podemos detenernos ahora aquí más tiempo. Escucha, pequeño, ¿me prometes estar aquí dentro de dos horas? ¿Nos aguardarás en este sitio donde estamos? ¿Sabrás volver aquí?»

«Quiero aguardarme,» dijo el niño sentándose en un tramo de la escalera.

«Pero se te va á hacer largo el tiempo y te vas á aburrir...»

«No, Pequeña Madre está enferma, y no me dejan entrar en su cuarto; me es igual quedarme aquí. Se me habia dicho que fuese al hospital, pero yo no me atrevo á entrar en esa gran casa.»

«¿Quién está en el hospital?»

«Mi padre.»

«¿Y tu mamá?»

«No tengo mamá,» dijo el chico con ese tono enfadado que tomaba cuando se le hablaba de una cuestion que le parecia odiosa. «Ha muerto, y Pequeña Madre tiene cuidado de mí, pero como ahora está enferma, me deja solo y yo me fastidio.»

«Bueno, aquí te encontraremos,» replicó la señora Grandville; «voy á comprarte un panecillo para que te ayude á esperar.»

«Es evidente,» se decia la madre de Edita, «que aquí hay algo que no podemos comprender. Esta acusacion de robo puede haber sido muy bien causada por la imprudente dádiva de mi niña; pero lo singular es que se trata de una cruz de oro.»

«Mamá,» preguntó Edita, «¿qué es lo

que ha querido decir con esa cruz de oro que está en el cuello de la cabra?»

«Es una historia del todo absurda; el pobre pequeño no sabe lo que dice y además es muy joven.»

«Pero también decía: El gato lo sabe muy bien y el buen Dios también, pero no quiere decirlo.»

A pesar de su inquietud por Florita, Edita no pudo menos de reírse al acordarse de esta frase.

Carlitos fue fiel á la cita. La señora Grandville y su hija le vieron de lejos en el mismo sitio donde le habían dejado. Si Pequeña Madre hubiese estado con él, le hubiese dicho que él debía al reconocerlas, levantarse y salir á su encuentro; pero Carlitos tenía poca cortesía natural y su hermana no había conseguido inculcarle mucha.

Se quedó, pues, tranquilamente sentado, esperando sólo que llegasen cerca de él, y aun entonces se contentó con mirar á las dos señoritas con una mirada de conocido antiguo.

«¿Cómo te llamas?» le preguntó la señora Grandville.

«Me llamo Carlitos.»

«Bien, Carlitos, dime dónde vives.»

La señora Grandville tenía una agenda de bolsillo y aunque no conoció la calle que él le nombró, comprendió que no distaba mucho del lugar en que se hallaban.

«Vamos,» dijo, «á tomar un coche; Edita, te volveré á casa y yo me iré con Carlitos á ver á su hermana.»

«Oh, mamá,» respondió Edita cons-

ternada, «¿y por qué no he de ir yo también?»

«Querida mía, vas á comprenderlo. Esa niña está enferma y no sabemos lo que tiene; tal vez puede ser una enfermedad contagiosa y por nada en el mundo quisiera exponerte á tal peligro.»

«Pero, mamá, yo no tengo aprensión alguna de coger enfermedad; te lo suplico, mamá, llévame!»

Pero la señora Grandville fue inflexible, y hubo de someterse. Edita fue llevada á casa y el *simon* se volvió y llevó á su madre y Carlitos. Este, por segunda vez en su vida, iba en coche y se alegraba de eso silenciosamente, mirando con espantados ojos las casas y las tiendas que tan rápidamente pasaban delante de él.

Más de una cara curiosa se asomó á la ventana, cuando se detuvo el coche ante la humilde casa; más de una mirada sorprendida siguió á Carlitos cuando bajaba acompañado de una señora elegante; más de un comentario se cruzó entre las vecinas sobre aquel extraordinario suceso.

Entre tanto la señora Grandville entraba en la portería, en donde no encontró á nadie más que al zapatero, pues la señora Perlet acababa de subir junto á la enfermita. Habiéndose cerciorado por los datos que le dió el conserje de que todo lo que había dicho Carlitos sobre su familia era la estricta verdad, creció su interés por ella.

(Se continuará.)